

La senda de Verea

MANUEL LOZANO LEYVA

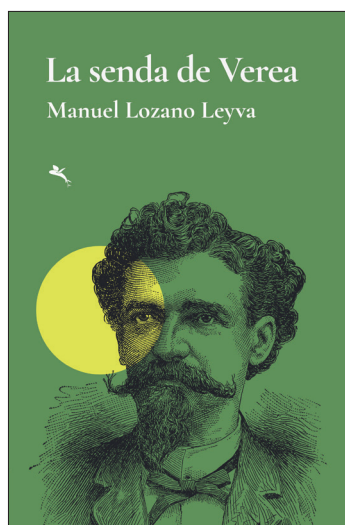
Madrid, West Indies, 2025. 275 páginas.

ISBN: 979-13-990958-1-4. PVP: 20 €

Me interesa especialmente acercarme a personajes que, por diversas razones, son desconocidos y que, sin embargo, pueden constituir un punto de referencia por alguna de las actividades que desarrollaron a lo largo de su vida. Este es el caso de Ramón Verea, cuya biografía estudia Manuel Lozano Leyva, el que fuera catedrático de Física Atómica, Molecular y Nuclear en la Facultad de Física de la Universidad de Sevilla. De este profesor reseñé para *Llull* otro texto que guarda ciertos paralelismos con el actual, *El gran Mónico*. Y de estas similitudes se ocupa el autor en algunos momentos de su libro, aunque Verea se dedicó a los inventos mecánicos y Mónico Sánchez a los aparatos eléctricos.

Manuel Lozano es un hombre polifacético que, además de haberse formado como físico en la Universidad de Oxford y de haber sido investigador en el Instituto Niels Bohr de Copenhague, ha escrito novelas de base histórica y obras de divulgación científica entre las que destacan *Los hilos de Ariadna: diez descubrimientos científicos que cambiaron la visión del mundo* y *De Arquímedes a Einstein*.

La senda de Verea consta de un prólogo y seis apartados divididos en un total de 23 capítulos, un epílogo y un apéndice documental. Cabe señalar que, en casi todos los capítulos de la obra, se incluye una breve introducción con textos del biografiado, lo que contribuye a que el lector se vaya haciendo, poco a poco, una idea de la personalidad de Verea.



Lozano define muy pronto algunas características de este hombre, Ramón Silvestre Verea de Aguiar y García, nacido en Curantes en 1833: “honradez exaltada, mediocre novelista y grandísimo periodista” (p. 10). Un hombre nacido en Galicia en el seno de una familia lo suficientemente acomodada como para no pasar necesidades, que estuvo un tiempo en el seminario, lo que le sirvió para adquirir una buena formación intelectual en “cultura general, en particular la historia y todo lo relacionado con la gramática” (p. 47). Y además “se pasó toda la vida escribiendo y no reflejó apenas nada personal que fuera más allá de su lucha ideológica y su amor por la ciencia y la técnica” (p. 74).

Verea partió como indiano y le encontramos en Cuba, Nueva York, Guatemala y Argentina, en cuya capital falleció en 1899. La biografía de este gallego está per-

fectamente imbricada en su contexto histórico para que, así, las personas para las que está escrita esta obra —“los jóvenes dados a los cálculos numéricos, fundamento en gran medida de *e-books* en *tablets* y móviles a los que son más aficionados que a los libros de papel” (p. 10)— puedan enterarse de lo mucho y bien que explica Lozano dado que, casi todos esos jóvenes, carecen de los mínimos conocimientos de historia. Y es que emergen en esta biografía, entre tantos asuntos históricos, los esclavos de la isla de Cuba y el trapiche, que es un molino para triturar la caña y sacarle el jugo, o lo que es igual, se da cita en el texto de Lozano el proceso de mecanización que supuso que la “mutación de la mano de obra esclava al ingenio mecánico fue decisivo en la obra y evolución ideológica de Ramón Verea” (p. 67).

En este aspecto se muestran otras facetas de la historia de gran interés. Por ejemplo, la importancia de Galicia desde el punto de vista demográfico en el primer tercio del siglo XIX: tenía el 12,1% de la población española frente a una Cataluña con el 8,56 %; o la existencia en España de un “panorama escolar que no era tan desalentador” (p. 36) en comparación con otros países europeos: en 1860, por cada 1000 habitantes, había en Italia e Inglaterra 40 estudiantes, en Portugal, 20, en Francia 109 y en España 80!; se señala que la Nueva York a la que se traslada Verea es una ciudad en la que “la pobreza llegaba a extremos tan insufribles que hasta la propia policía abría los sótanos de sus sedes para que pudieran resguardarse la infinidad de familias completas que no tenían nada que pudiera parecerse a un hogar” (p. 83).

Ramón Verea fue un novelista de dos novelas (*La cruz de piedra* y *Una mujer con dos maridos*), pero principalmente creador de unos rotativos en los que hizo de todo: “redactor, corrector de pruebas, cajista y, sin duda, por su afición a la mecánica, la impresión final y producción hasta el empaquetado de los periódicos en resmas” (p.73). Otra de sus facetas fue la de inventor y, así, en Cuba, su diario *El Progreso* —en el que publicó por entregas sus novelas— lo llevó a inventar su primera creación mecánica, “el plegador de periódicos”, con lo que abarató el precio de los ejemplares.

Después, en Nueva York consiguió estabilidad económica escribiendo artículos, dando clases de inglés, de español y, principalmente, vendiendo la patente del invento antes dicho a un especulador, ya que él carecía entonces de medios para patentarla y mantenerla.

Y en este diario Verea se manifiesta, en numerosos artículos sobre asuntos muy diversos, su manera de pensar. Lozano disecciona, de una manera exhaustiva y precisa, los pilares fundamentales de *El Progreso*: “el mundo religioso, la ciencia y la técnica, la justicia, la política y el enaltecimiento de la patria” (p. 170).

Desde el punto de vista científico-técnico su gran invento fue una máquina de calcular, sucesora de la de Edmund Barbour (patentada en 1872 y perfeccionada tres años después). Según nos dice él mismo (en *Las Novedades*, 1 de abril de 1881), la razón de ser del invento no fue el económico, sino que estuvo motivado por su amor propio, patriotismo, afán de contribuir al avance de la ciencia y por diversión (p. 113). La máquina de Verea, la *Verea's Direct Multiplier*, que fue patentada y obtuvo la medalla de oro en la Exposición Mundial de Inventos de Cuba de 1878, es descrita por el profesor Lozano de la forma siguiente: “era enorme, de 23 centímetros de largo, 23 de ancho y 20 de altura, 26 kilos de peso y consiguió

el record mundial de cálculo al multiplicar $698.543.721 \times 807.689$ en, unos increíbles, veinte segundos”. Este récord duró diez años.

Desgraciadamente, Vereá no creó ningún otro invento: “He cumplido mi deseo de contribuir modestamente al avance de la ciencia y a mi propia autoestima” (p. 118). No obstante, su artilugio fue un éxito en la medida en que “[...] todos sus sucesores, no solo Bollée y Steiger, sino muchos estadounidenses, culminando con William W. Hopkins, hicieron referencia a la máquina y los fundamentos mecánicos establecidos por Ramón Vereá” (p. 129). La calculadora es propiedad de IBM y, en 1930, se incorporó a la colección de su presidente, Thomas J. Watson Sr.

De este invento también se hicieron eco diferentes medios de comunicación y, entre ellos estaba, y sigue estando, una publicación de prestigio: *Scientific American*. Fue en el número de 19 de octubre de 1878 y este ejemplar lo aprovecha Lozano para dar cuenta del nivel científico-técnico de la época.

Hay que hacer constar que en *La senda de Vereá* aparece un detalle desconocido hasta la fecha, el suicidio de su esposa Nathalie, que falleció por una “dosis de morfina”: “La impresión del hallazgo se tornó en estupor y poco a poco me fui sintiendo embargado de emoción, por una parte, y feliz descubrimiento, por otra” (p. 158).

Vereá es, como tantos otros, un personaje desconocido en la actualidad para la mayor parte de las personas; sin embargo, en su localidad natal, junto a la iglesia, se alza una estatua que recuerda su vida y su obra. En este libro, la persona interesada encontrará una herramienta para acercarse a su personalidad. En la base de la estatua hay una placa, escrita en gallego, que dice: “D. Ramón Silvestre Vereá García. Curantes-A Estrada 1833-Buenos Aires 1899. Inventor de la calculadora, emigrante destacado, escritor, periodista y emprendedor gallego, ejemplo del espíritu emprendedor de Galicia. A Estrada, 30-X-2009”.

Francisco Teixidó Gómez
teixidogomez@telefonica.net